cia; pero esto nada arguye en contra respecto de la revelación del jefe republicano.

Trae en seguida el colega un documento que reproducimos íntegro. Dice así:

"General en jefe.—Tengo la honra de participar á vd. que " ahora que son las cinco de la mañana, acaban de ocupar nues- " tras fuerzas el punto llamado "de la Cruz" el cual FUE EN- " TREGADO POR EL JEFE QUE LO DEFENDIA, con dos " batallones que se rindieron á discreción Se está recibiendo el "parque y demás pertrechos de guerra que había en dicho pun- " to, disponiendo lo conveniente, etc."

Dice «La Voz de México» que ese parte corroboró la opinión general, lo que no dudamos haya sucedido; pero tampoco él arguye nada en contra de la acerción del General Escobedo. López era el jefe del punto llamado "de la Cruz," y ya sea que éste hubiera sido entregado por él traicionando á Maximiliano, ó bien que "hubiera sido entregado por él de órden superior" siempre quedaba cierto que «López había entregado el punto,» y esto último es lo que dice el parte y nada más. Así es que tampoco ese documento sirve para los fines que se ha propuesto nuestro colega.

Entre varias declamaciones, dice también "La Voz," que la libertad de que disfrutó López contrastó con la severidad empleada con Méndez, por ejemplo. Desde luego haremos observar al colega que severidad "sólo fué empleada con cuatro jefes" contrarios: Mejía, Maximiliano, Miramón y Méndez; todos los demás prisioneros, y fueron muchos, entre ellos generales tan acreditados como Severo del Castillo, quedaron indultados de la pena de muerte por el Gobierno de la República, contrastando con los cuatro ya mencionados. Por otra parte López de todas maneras había facilitado la toma de la plaza y no era de los principales jefes; motivos que unidos explican, por qué fué tratado con lenidad; de manera que tampoco este hecho significa nada para destruir la verdad sobre el participio que pudo tener Maximiliano en esos sucesos.

Pero como "La Voz" hasta ahora no ha mostrado más que

dos documentos que dicen lo mismo, uno de los cuales hemos copiado íntegro y lo hemos comentado, apoyándose para sus demás afirmaciones en apreciaciones personales, esperamos que hable sobre otros documentos en los subsiguientes artículos cuando entre de lleno en la cuestion según promete.

Por ahora y á pesar del tiempo transcurrido, no ha sucedido nada de lo que nos temiamos, dada la promesa de nuestro colega. Nosotros nos esperábamos un gran estudio "para después del día" 18 de Julio del presente año como dijo "La Voz," plazo amplísimo y al cual en efecto no ha faltado, ni hubiera faltado tampoco dentro de cinco años; pero parece que ese gran estudio vendrá con intermitencias de ocho días, según declara, y en una tanda de artículos cuyo número es indeterminado.

Así, pues, esperemos.

(*El Monitor Republicano* de 6 de Agosto de 1889)

EL INFORME DEL GENERAL ESCOBEDO.

II.

En las acciones de guerra no es simplemente el éxito favorable á uno de los beligerantes el que amerita los honores de triunfo heroico y glorioso que corresponden al vencedor puesto que las eventualidades imprevistas, ésta ó aquella defección en las filas de los que sucumbieron, ó la "ciega casualidad" que determina á las veces un resultado inverso al que en rigor lógico era de esperarse, no son elementos propios que el arte de la guerra tiene á su servicio para que un ejército de operaciones triunfe en buena lid del adversario que se halla en condiciones iguales ó superiores al que lo ataca. La victoria que se alcanza merced á combinaciones hábiles y al plan sabiamente trazado y certero en su ejecución, venciendo, no á un enemigo débil y en angustiosa

estrechez, sino fuerte aún, animoso y resuelto; esa victoria, decimos, será espléndida y de eterna remembranza en los fastos guerreros. Porque lo será siempre el valor heroico, el denodado empuje á cuerpo descubierto en asaltos temerarios, la oportunidad y acierte en las órdenes y su violenta y cabal ejecución. Así al menos lo consigna la historia y lo pregona en todos los siglos la fama de los altos y gloriosos hechos de armas.

Fuera de esas condiciones, el desenlace definitivo de cualquier campaña, triste, digamos así, desairado y sin mérito alguno, queda en la escala inferior de sucesos vulgares acaecidos únicamente en fuerza de la indeclinable ley que asigna acá en la tierra un término final á cuanto en ella pasa. Así, la rendición de un recinto fortificado cuando sus defensores carecen ya de todo medio de resistencia, al paso que los contrarios pueden diariarenovar y acrecer sus elementos de ataque, no se ha considerado jamás como resultado de esfuerzos bélicos y de felíz estrategia, sino que es tan solo efecto de la impotente inacción de quienes sucumben inermes ya sin poder combatir, sin víveres, sin municiones, pero no sin valor y pericia militar. Fueron víctimás de la desdicha, no del arrojo de sus contrarios que combatieran con ellos cuerpo á cuerpo disputando en lucha igual los lauros de la victoria y las palmas del triunfo.

Acaso por las razones que ligeramente acabamos de apuntar no se consideró ni ha llegado á considerarse el desenlace del prolongado sitio de Querétaro en 1867, como un hecho de armas espléndido, sino como resultado de causas extrañas al arte de la guerra y al simple esfuerzo de operaciones militares. No sucedió así respecto de la campaña de Puebla, cuya plaza se rindió á sangre y fuego en medio de recia y sostenida lucha, disputándose palmo á palmo el terreno los sitiadores y los sitiados. Ni sucedió tampoco cuando fueron batidas en campo abierto las tropas que de México iban en auxilio de los defensores de Puebla. En uno y otro caso hubo formidable choque evtre los beligerantes; hubo rapidéz y oportunidad en los movimientos de uno de ellos, hubo, en fin, cuanto se requiere para triunfar con gloria ó sucumbir en la empresa honrosamente. Si los vencidos lamentaron entonces su adversa suerte no dijeron ni han dicho una palabra que tienda á amenguar el mérito de quien supo adquirirlo así como tampoco la rendición de México, sin combate alguno y

después de setenta días de sitio, se ha reputado como hecho de armas heroico.

Contra ese concepto universal firmemente arraigado en la opinión pública en el dilatado curso de veintidos años, por lo que hace á las operaciones militares del sitio de Querétaro y á su desenlace definitivo, ha venido inesperadamente el manifiesto del general Escobedo, recientemente dado á la estampa en la obra histórica "México á través de los Siglos," después de dos años de conservarse inédito en los archivos de palacio y sin que el Presidente de la República, á quien fué dirigido, lo mandase publicar en el órgano oficial del gobierno. Así, pues, uno de los objetos principales que se propone alcanzar ese manifiesto, como dijimos al principio, es reivindicar, para el ejército sitiador el mérito de haberse apoderado de la plaza de Querétaro por esfuerzos propios y como consecuencia de una serie de operaciones y asaltos sucesivos, sin que ninguna intervención extraña cooperase eficazmente al término de la prolongada lucha.

Véase en comprobación de lo que acabamos de exponer, como dá principio el manifiesto del general Escobedo:

"Señor Presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años
" en Querétaro ha venido á removerlos en la actualidad la apari-
" ción de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el
" Sr. Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título "El general
" Miguel Miramón.» En ella, entre otros episodios de nuestras
" guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas
" sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Es-
" tando la narración á que me contraigo escrita «bajo un color
" enteramente inexacto,» y sobre todo, en lo que se refiere, «al
" motivo que originó aquella misma ocupación,» dió lugar á que
"el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los dia-
" rios de esta capital una carta, en la cual me pedía que con to-
" da sinceridad expresara la verdad histórica relativa á aquellos
" sucesos.

"La prensa reaccionaria de México toma del libro mencionado
" lo que más puede afectar á la historia de nuestra lucha contra
" el llamado Imperio. Se esfuerza con una obstinación vehemen-
" te y del todo extraña hoy, á que divulgue la parte secreta de

" aquel desenlace y que se relaciona con la supuesta traición de
" López y la toma de la plaza de Querétaro, "pretendiendo que
" á efecto de la intervención directa que este jefe imperialista
" tomara en ello," traicionando á su soberano y vendiendo á pe-
" so de oro su consigna "la plaza cayera en poder del ejército
" mexicano.»

Según lo que acabamos de copiar la ocupación de la plaza de Querétaro no fué motivada por intervención del coronel Miguel López, ni cayó aquella en poder del ejército mexicano en virtud de ingerencia directa del citado jefe, pues que si hubiera sido así, el ejército sitiador no tendria la gloria de tomarla por asalto, como terminantemente lo expresa el general D. Francisco O. Arce, actual gobernador de Guerrero, en los siguientes conceptos que copiamos de la carta que en 15 de Mayo de 1887 dirigió al general D. Pedro J. García. Dice así:

"La indignación que produjo en el ánimo de mis subalternos el mal proceder del traidor López que entregandonos el punto de la Cruz "nos privó de la gloria de tomarlo por asalto," puso en peligro su vida, la que salvó debido á la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez.»

Para alcanzar aquel manifiesto el objeto primordial que se propone, hace una minuciosa relación de las operaciones del sitio desde su principio hasta su término, y concluye revelando que la plaza de Querétaro no fué entregada directamente por el coronel Miguel López, haciendo traición á su soberano, sino que fué tan solo ejecutor de órdenes supremas y de las instrucciones que en el sentido de la entrega le fueron dadas por Maximiliano. Esa revelación del general Escobedo está concebida en los siguientes términos:

"El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche un ayudante del coronel Julio M. Cervantes vino á comunicarme de orden de su jefe, que un individuo procedente de la plaza y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo: en el acto me dirigí al punto indicado en donde me presentó el coronel Cervantes al coronel imperialista Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo se lo permitía. Al principio creía que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados : sin embargo, accedí á hablar "reservadamente" con el coronel imperialista Miguel López, apartandose á distancia del coronel Cervantes y los ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente López me comunicó que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que al concedércela me significara de su parte que deseando ya evitar á todo trance que se continuara por su causa derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un escuadron del Regimiento de la Emperatriz hasta Túxpam ó Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría á Europa, asegurándome que en México al emprender su marcha á Querétaro, había depositado en poder de su primer ministro su abdicación.

"Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el coronel López que su soberano comprometía para entonces y para siempre su palabra de honor de que al salir del país no volvería á pisar el territorio mexicano; dándome, además, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.

"Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándome á manifestarle que pusiera en conocimiento del Archiduque que las órdenes que tenía del supremo gobierno mexicano eran terminantes para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza sin condiciones. En seguida, el coronel López me manifesto que su Emperador había previsto de antemano la resolución á sus anteriores proposiciones. Siguiendo el curso de la conferencia establecida me expresó de parte de su soberano, que eran bien conocidos por mí los jefes militares que estaban á su lado, por su prestigio, valor y pericia é igualmente la buena organización y disciplina de las tropas que defendían la plaza, con las cuales podía á cualquiera hora forzar el sitio y

prolongar los horrores de la guerra por mucho tiempo; que en verdad esto era sumamente grave y un irreparable mal para México al cual no quería exponerlo, siendo esta la razón porque deseaba salir del país.

"Juzgando yo demasiado altivas las frases últimas vertidas por el coronel imperialista López, á nombre de su soberano, le contesté que nada de lo que me refería era desconocido para mí, porque tenía exacto conocimiento del estado en que se encontraban los defensores de Querétaro; que estaba enterado de los preparativos que hacían en la plaza para efectuar una vigorosa salida, en la que estaba basada su salvación; que esas columnas formadas ya esperaban solamente el momento en que se les diera la orden de pasar las trincheras y chocar contra los republicanos; que esto era para mí sumamente satisfactorio, de tal suerte, que para facilitarles su movimiento tenía pensado dejarles paso abierto en cualquiera punto de la línea de contravalación, por donde se presentaran; bien entendido que después que hubieran salido todos, caería sobre ellos con los doce mil caballos del ejército, victoriosos una parte en San Jacinto y la otra en San Lorenzo, y cuya formidable caballería dejaría el campo de batalla convertido en un lago de sangre imperialista. El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia que yo creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, «de todas maneras,» en caso de encontrar resistencia obstinada por mí parte. En seguida me reveló de parte de su Emperador que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles, que en efecto, estaban formadas las columnas que debían de forzar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes por los jefes que obstinados en llevarla á cabo ya no obedecían á nadie, que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las órdenes para que se suspendiera la salida; "obedecieran ó no," me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentrarán en el convento del mismo "que hiciera yo un esfuerzo cualquiera" para apoderarme de ese punto en donde se entregaría "prisionero" sin condición.

"Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque. No podían entrar en mi ánimo semejantes proposiciones del príncipe después de sus enérgicas y varoniles determinaciones de Orizaba pocos meses antes.

"Así con toda franqueza lo expresé al mensajero del Archiduque, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar todo sospecha hacia su persona y su cometido, que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes del Emperador, por quien no evitaría sacrificio, esperando que mis determinaciones lo salvarían de la situación en que se encontraba.

"López se retiró á la plaza llevando la noticia al Archiduque de que á las tres de la mañana se ocuparía la Cruz hubiera ó no resistencia.

"Tomé desde luego á mi cargo la responsabilidad de los acontecimientos que iban á surgir. Con toda oportunidad envié órdenes á los jefes de líneas y puntos que estuvieran listos para emprender una operación sobre la plaza.

"En el momento pasé á ver al general Francisco A. Vélez, y le comuniqué á él únicamente la conferencia tenida con el comisionado del Archiduque en lo concerniente á la comisión que debía desempeñar.

"Le dí á reconocer mi resolución de "aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento" en que se hallaba el Príncipe alemán (?) para llevar á cabo la operación "propuesta por él de ocupar la Cruz.

La anterior revelación, de cuyo exámen nos ocuparemos extensamente en artículo separado, no hace más que cambiar la personalidad del que entregó la plaza de Querétaro, y no demuestra que sucumbiera sin intervención extraña y por solo el esfuerzo de las tropas sitiadoras. En una palabra, la traición, sea de quien fuese, privó á aquellas, como dice el general Arce, de la gloria de tomarla por asalto, puesto que no la hay en "un esfuerzo cualquiera," como se expresa el general Escobedo, "para apoderarse" del punto principal "ni en aprovecharse de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el Príncipe alemán (?) para llevar á cabo la operación PROPUESTA POR EL de ocupar la Cruz."

Con lo anterior queda plenamente demostrado que el motivo

550
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que originó la ocupación de Querétaro fué extraño á las operaciones del sitio, y que hubo un "traidor" por cuya intervención la plaza cayó en poder del ejército republicano. ¿Quién fué ese traidor? Hé aquí el segundo punto que trataremos en varios artículos subsecuentes.

(*La Voz de México* de 9 de Agosto de 1889.)

RESUMEN. —EL SEGUNDO ARTICULO DE LA "VOZ DE MÉXICO" SOBRE QUERÉTARO.—ALGUNOS DOCUMENTOS QUE PRESENTAMOS NOSOTROS, ASI COMO NUESTRO COLEGA EL "SIGLO" PARA SÓSTENER NUESTRA TESIS, Y APRECIACIONES NUESTRAS EN ESTA MÁTERIA.

El segundo artículo de nuestro colega "La Voz de México," ha salido ayer como con anticipación fué prometido, y cuando nosotros nos esperabamos los documentos consabidos, á la vez que incontrovertibles razones respecto del tema propuesto por el cofrade, nos venimos encontrando con que todo el artículo tiende á demostsar, primero: que son muy hermosas las grandes victorias en las campañas; segundo: que Querétaro no fué tomado por asalto.

Bien es cierto que para explicar lo estrambótico de su tesis, dice el colega que lo hace porque el general Escobedo se propuso probar en su informe que la toma de la plaza sitiada no se debió á entrega ni traición, de donde deduce siempre el cofrade, que el jefe republicano quiso demostrar que existió un brillante asalto general sobre la plaza.

El general Escobedo no se propuso demostrar ni sostener un hecho tan conocidamente falso como el que pretende el colega, y en ninguno de los párrafos de su informe podrá ver "La Voz" que diga Escobedo que hubo un asalto general, ni que la toma de Querétaro se debió á algun brillante hecho de armas sobre todas las fuerzas sitiadas. El general Escobedo lo único que se ha propuesto, como hemos dicho otra vez, es poner la verdad en su lugar, haciendo revelaciones que aclaran los hechos y deciden quien fué el que entregó la plaza á los sitiadores.

Y ahora nuestros lectores nos dirán á qué viene toda esta fraseologia:

"La victoria que se alcanza merced á combinaciones hábiles y al plan sabiamente trazado y certero en su ejecución, venciendo no á un enemigo débil y en angustiosa estrechez, sino fuerte aún, animoso y resuelto, esa victoria, decimos, será espléndida y de eterna remembranza en los fastos guerreros. Porque lo será siempre el valor heroico, el denodado empuje á cuerpo descubierto en asaltos temerarios, la oportunidad y acierto en las órdenes y su violenta y cabal ejecución. Así al menos lo consigna la historia y lo pregona en todos los siglos la fama de los altos y gloriosos hechos de armas."

.....

Pero lo más raro del caso es que el largo artículo de "La Voz de México" se llena en gran parte con una copia de varios párrafos del informe del general Escobedo y el último que traslada nuestro colega es el siguiente:

"Le dí á conocer mi resolución de "aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el Príncipe alemán (?) para llevar á cabo la operación propuesta por él de ocupar la Cruz."

A este párrafo le hemos dejado la misma forma de nuestro cofrade y por él pudo ver, aunque no vió, que Escobedo no habla para nada de asaltos ni de grandes hechos de armas.

Y sigue lo curioso: Se forja "La Voz" un argumento que vá á contestar. Dice que el general Escobedo pretende demostrar que hubo un brillante hecho de armas. Empieza el lirismo de nuestro cofrade, en el que habla de batallas campales, de asaltos á los parapetos, de acciones de guerra en campo abierto, de recia y sostenida lucha á sangre y fuego, y de muchas otras cosas muy